

Con las plumas en alto

Distinguido señor Alas Clarín:

Vayan por delante mis agradecimientos por haber acogido a mi hijo en su Curso de Escritura de Verano en la ciudad de Oviedo. Sé de buena tinta que había lista de espera y que tuvo la gran gentileza de hacer un par de triquiñuelas legales para que accediese al grupo. Sin duda una de las mejores experiencias que ha vivido en mucho tiempo. El pobre, como bien habrá notado usted, era una bala perdida insulso que malgastaba las horas del día con el móvil hasta convertirse en un robot con la misma capacidad creativa de un extintor. Gracias al retiro literario que usted ofertaba, ha resultado ser una de las plumas más prometedoras del país. Y le auguro una carrera tan fructífera como económicamente dichosa. Hasta junio le vaticinaba únicamente éxito laboral como tendero en un mercadillo, a lo sumo, pero tras el paso por su escuela en las montañas creo que mi chico tiene futuro en las letras.

Cada vez que le pregunto por su estancia, mi hijo Gabriel no repara en piropos hacia usted y todo el profesorado, que, todo sea dicho, es la envidia de cualquier curso veraniego que se tercie. Me alegro de haberle mandado allí dos meses. Sabía que tenía talento. Le faltaba un empujón para hacer estallar su genialidad. Y usted se lo dio, créame. Uno no escribe *“La Regenta”* sin tener la azotea llena de neuronas brillantes.

Ahora bien, dicho todo esto, hay un pequeño malentendido al que me gustaría hacer referencia, aunque sólo sea vagamente. Como bien sabrá, señor Alas Clarín, la novela que escribió Gabriel *“Cuando las lechuzas giran la cabeza”* como ejercicio final del curso, ha llamado la atención de varias editoriales potentes e incluso una productora cinematográfica de prestigio se ha puesto en contacto con nosotros para su adaptación al celuloide. Hasta aquí, todo correcto. Lo sorprendente del caso es el mail que recibí suyo la semana pasada, en el que daba a entender que usted poseía el cincuenta por ciento de los derechos de explotación de la novela, así como de los de autor y venta. Tras las primeras carcajadas que me provocó, decidí hablar con mi hijo por si usted había tan siquiera escrito alguna coma o puesto la diéresis a alguna

letra, y me confirmó mis sospechas: usted no hizo nada en su obra maestra. Entiendo que quiera subirse al tren del dinero de Gabriel, pero me temo que su demanda tiene la misma validez que un testigo ciego mirando criminales en una rueda de reconocimiento. Entiende por donde van los tiros, ¿verdad, Leopoldo?

Espero su pronta respuesta, aunque viendo su lentitud en pillar las cosas, probablemente me escriba cuando mi hijo recoja el Goya al Mejor Guión Adaptado.

Estimado señor Martínez-Rubiato:

No quiero dejar pasar la ocasión para agradecerle sus palabras hacia el curso en el que tanto tiempo he invertido para que jóvenes promesas de la literatura puedan realizarse y explorar sus talentos. Trabajamos muy duro para ello y que haya reparado en ese sudor es digno de alabanza. Dice mucho de usted. Claro que también me dice mucho de su persona el contenido final de su mail; y lo que me dice es que usted es un papanatas. Le comento la jugada de manera simple, no vaya a ser que su escueto cerebro no pueda procesarla bien: cuando llegó su hijo Gabriel no reconocía un libreto de Calderón de la Barca de un frutero, hice la prueba, puse ambas cosas juntas sobre la mesa del comedor y acabó eligiendo una manzana reineta. Tuvimos que dedicar todas nuestras energías en extraerle un ápice de chispa literaria, y con todo, no estaba a una altura intelectual muy superior a la de mi perro. Tardamos casi cuatro semanas en leer algo escrito por él, ¿sabe lo que era? La lista de ingredientes para preparar una fabada. Eso explicaría que su peso ronde el centenar de kilos. No lo digo como crítica, lo digo porque me debe además Dios sabe cuánto dinero por la comida – no incluida – que su retoño engulló de manera insaciable a modo de boa constrictor.

Todo esto viene a decir que si el zángano de su hijo terminó escribiendo algo potable sólo pudo ser gracias a la ayuda extrema que le proporcionamos. Sí, puede que haya un poco de talento dentro de ese nido de piojos que tiene por cabeza, pero si no llegamos a estar ahí, apoyándole y corrigiendo sus incontables faltas de ortografía, su novela sólo sería un montón de hojas culinarias con grasa de morcilla en los laterales.

Solicitar el cincuenta por ciento es casi un regalo, en realidad debería pedirle el noventa, con la nueva revelación del interés de una productora de cine. No es por tirarme flores, pero fui yo quien enseñó a su hijo las virtudes estilísticas del

monólogo interiorizado y el estilo indirecto libre para narrar. Le recuerdo que inicialmente él planteó toda la novela desde el punto de vista de un botijo. De nada por ese quite. No sólo le guié, sino que participé de modo activo en la escritura y prácticamente todas las buenas ideas salieron de mi sesera cultivada en la facultad de Oviedo. Entiendo que es duro descubrir que tu sucesor es un fraude, pero lo es. De los gordos.

Sin más, me despido confiando en que vea la realidad y entienda que en mi curso están varias de las mentes literarias más apasionantes y afiladas de la Historia, y que todos han concluido en el mismo adjetivo con Gabriel: “un zopenco cósmico”. Deme lo que es mío y en paz. Entiende por dónde van los tiros, ¿verdad, estafador?

Señor Clarín:

Se nota a la legua que es usted un *krausista* militante: no es suya la novela de mi hijo pero aún así pretende hacerme creer que la contiene y que de usted trasciende todo. Mi respuesta a eso es que busque ayuda médica con urgencia. O veterinaria, porque a día de hoy le considero más un borrego que un ser humano.

Insinuar que mi hijo tiene sobrepeso revela mucho de su catadura moral, propia de un neandertal, y tenga por seguro que de mi bolsillo no va a salir ni un céntimo más para pagarle a usted o esa panda de plumillas sobrevalorados que tiene dando clases. Mi hijo alimenta el cuerpo y el alma, y le pueden sobrar tantos kilos de peso como a usted de ego. ¿Una novela desde el punto de vista de un botijo? Señor mío, eso se llama atrevimiento y modernidad, cosas que a usted igual le suenan a etrusco. La agudeza de mi próximo premio Nobel de Literatura está muy lejos de su capacidad docente. Él tiene ambición, ansias de éxito, usted tiene un morro como un piano. Y sepa desde ya, que su única aportación a su obra magna fue poner el tóner a la impresora. Puedo hasta concederle el grato placer de haberlo encuadernado con un canuto en espiral. Pero ya.

Evite escribirme más sandeces cómicas, para leer buenas greguerías me cojo a Ramón Gómez de la Serna. Olvide nuestra existencia, estamos demasiado ocupados en reuniones con altos gerifaltes del mundo del séptimo arte, que sí que entienden lo que es la propiedad intelectual. No como usted, que sólo busca aumentar su cuenta corriente a costa del sudor y la destreza estilográfica de mi pequeño genio.

Por cierto, y como dato anecdótico, ayer compré su novela *"Su último hijo"* y la tengo calzando la mesa de la sala de estar. Entiendo que ése era su único cometido, ¿me equivoco? Hasta nunca, mequetrefe.

Saludos de nuevo, Don Ignorante:

Si su última comunicación escrita pretendía ser jocosa, lamento decirle que no lo era. He leído recetas médicas mucho más hilarantes. Quiero hacer unas pequeñas puntualizaciones en su sarta de idioteces. ¿Los profesores son una panda de plumillas sobrevalorados? Debe tener el cociente de un perchero para decir semejante majadería. Le recuerdo que su hijo con forma de planeta estuvo supervisado en todo momento, ya no sólo para escribir, sino también para evitar que se comiese las reservas alimenticias del invierno. En vez de Gabriel, debería haberle bautizado como Sumidero.

Tuvo a Garcilaso de la Vega como maestro de poesía, quien le enseñó, con no poco brío, las profundidades del Renacimiento Castellano en su métrica y estética. Hasta entonces su hijo pensaba que una égloga era un ave acuática. Sume a eso que dos días en semana el ínclito Pío Baroja iba a meterle en la mollera la técnica de la narrativa de redención del personaje a través de la acción. El bueno de Pío casi se suicida ante la estulticia de su alumno, y en más de una ocasión me hizo saber que prefería dar clases a una familia de mapaches que a su retoño. Al que consideraba, y cito textualmente: "el ser con el cerebro más pequeño del mundo" Pidió la baja laboral a las pocas clases.

Pérez-Galdós le ayudó con el enfoque realista y la hondura psicológica de su novela. Le animó a leer *"Fortunata y Jacinta"* para comprender lo que quería decir. A las seis horas, Gabriel sólo había utilizado el ejemplar para cascar nueces. Pese a todo, logró que leyera *"Miau"* haciéndole creer que era una versión con viñetas de Garfield. También intentaron con todas sus fuerzas inyectarle algo de chispa creativa ilustres como Valle-Inclán – cuyo nuevo género teatral "el esperpento" surgió después de ver a su hijo bañándose en el arroyo –, Unamuno o Azorín. Y yo mismo le instruí en la prosa periodística y puse el título; de haber seguido la recomendación de su amado niño, la obra se llamaría *"Un seis y un cuatro, la cara de tu retrato"*.

Poco a poco le fuimos adiestrando como si fuese una rata de laboratorio, y extrapolando algo de juicio de su materia gris mental. Así que cuando quiera afirmar que no pintamos nada en su novela, piénseselo dos veces. Lo más reseñable que hizo su hijo fue graparse una de las copias en la manga del jersey. Si eso es ser un genio...

Espero noticias tuyas sobre esa oferta de adaptación cinematográfica para convenir el reparto de los beneficios de venta y taquilla. No quiero tener que amenazarle, pero el escrito original está en mi posesión. Usted tiene una fotocopia. Me pillas, ¿no?

A ver, tarugo:

Insinuar que va a destruir la copia primigenia es un delito. Le insto a que me la haga llegar lo antes posible, con el sano fin de no rociar su escuela con napalm. No me ve, pero ahora mismo estoy marcando el teléfono de un buen amigo con una empresa de riego aéreo y le aseguro que soy capaz de convertir sus dominios en ceniza de cigarrillo. Se lo diré una última vez: suelte lo que no es suyo. O nuestra próxima conversación será en el juzgado de lo penal. Usted mismo, Leo...

Oiga, malandrín:

Veo que su hijo y usted comparten el mismo número de dos cifras en cuanto a neuronas se refiere. No estoy cometiendo ninguna felonía. Sólo reclamo lo que es mío.

No sé cómo se lo tengo que explicar para que comprenda que ahora mismo podríamos estar los dos engullendo una langosta, en lugar de gastando el tiempo en naderías. Soy un hombre paciente con un doctorado en Derecho Civil y Canónico, pero me falta poco para presentarme en su casa y estamparle mi tesis en la nariz. No deseo destruir el original, pero anoche estuvo Machado impartiendo una *masterclass* de poesía simbolista, y vi a varios alumnos haciendo aviones de papel con el prólogo. Los chavales hacen estas cosas. Ojalá entre en razón y haga que su nano cerebro le ordene compartir las perras. Le tengo que dejar, el jardinero está rastrillando el capítulo dos.

Clarín:

He hablado con mis abogados y pese a que me aconsejan que le cubra de burofaxes hasta que sólo puedan verse sus cejas, quiero zanjar este asunto. Le ofrezco una participación del veinticinco por ciento. La productora está entusiasmada con el proyecto y hablan ya de convertirla en serie de televisión. Pero para ello necesito que me envíe la copia original de inmediato e intacta por correo certificado.

Acepte el trato o seré yo quien le rastrille la espalda.

Señor Martínez-Rubiato:

He comentado su oferta a mi esposa Onofre. Ella dice, con buen criterio, que la puede hacer un gurrño y comérsela como aperitivo. Si hago un esfuerzo mayúsculo, soy capaz de aceptar un cuarenta por ciento. Todo lo que esté por debajo de esa cifra sólo acrecentará el ansia de mi señora por iniciarse en la papiroflexia con las hojas del manuscrito de Gabriel. El tiempo corre en su contra, amigo...

Clarín:

Que sea el cuarenta por ciento. Me doy cuenta de que es tan miope como buen regateador. Aún con todo, tan pronto me mande el original de mi chiquillo, venga a Madrid y firmaremos el acuerdo ante notario. Entienda que tras esta discusión literaria, para mí tiene una fiabilidad semejante a la de una serpiente de cascabel en un bidé.

Estimado mío:

Auguro una próspera alianza empresarial. Estoy yendo a Correos para mandarle el original, así como un tupper con una fabada y su compango asturiano como gesto de aprecio para nuestra oronda pluma de oro. Nos vemos en la capital, Leopoldo. ¿O deberá decir... nuevo socio?